

Miscelanea



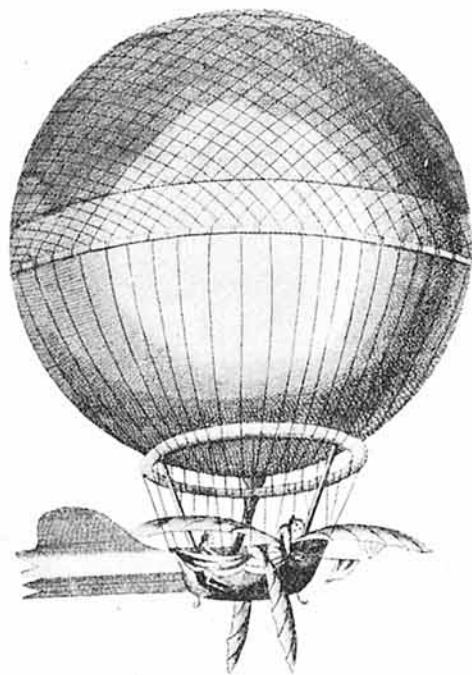
De lo vivo a lo pintado

(Número 11)

Por el Capitán Auditor
JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO

Dover-Calais, y vuelta.

O Blanchard y Bleriot sobre el Canal de la Mancha.



Blanchard y Jeffries, camino de Calais.

(De la *Histoire de l'Aéronautique*, de Dollfus y Bouché.)

Por lo común, no son tan de fiar los términos absolutos como para que no resulte aconsejable la máxima cautela en su empleo. Alguna vez —creo que a propósito de los repetidos intentos de Santos Dumont para rodear volando la Torre Eiffel— me referí, comparativa y laudatoriamente, por supuesto, a los no menos reiterados empeños de

templarle reproducido en la policromía de cualquier mapa, es poco más que una casi imperceptible manchita azul, y el paso de Calais ni aún eso; pero a buen seguro que no fueron tales los pensamientos de un Luis Bleriot cuando, piloto de su rudimentario "tipo XI", se encontró—son sus palabras—"durante una docena de minutos... solo, aislado, perdido en medio del espumoso mar, sin ver ningún punto en el horizonte, sin percibir ningún barco"; ni los de Blanchard y Jeffries cuando, a los tres cuartos del camino hacia Francia, advirtieron, aterrorizados, que el globo descendía y, para evitarlo, arrojaron la única botella que les quedaba, "que cayó en el agua con un gran ruido, y levantó espuma como humo", según nos cuenta Jeffries, el cual, a lo que dicen, se ofreció a su compañero para arrojar-se al agua y así salvarle de un fin del que afortunadamente un providencial viento preservó a ambos aeronautas. No; si la cosa es hoy tan fácil, no lo fué cuando Blanchard y Jeffries cruzaron el Canal en globo por vez primera, el 7 de enero de 1785, ni cuando Luis Bleriot devolvió la visita, volando

cualquier personaje de uno a dos años por recorrer con sus temblorosas piernecillas alguna temible distancia de tres o cuatro metros, cuando más.

Para nosotros, eso es tan poco, por lo menos, como aquel mínimo salto de Santos Dumont o como los algo mayores que hoy vamos a contemplar sobre el Canal de la Mancha; para el año y pico de mi niña, o para los tiempos de Dumont, de Blanchard o de Bleriot, ya es otro cantar. Sin duda, el Canal de la Mancha, examinado desde la desdeñosa altura a que solemos con-



Llegada de Bleriot a Inglaterra.

(De la *Histoire de l'Aéronautique*, de Dollfus y Bouché.)

de Calais a Dover, el 25 de julio de 1909, y atravesando, también por vez primera, el Canal en aeroplano.

Luego han venido a arrebatar a aquellos vuelos el halo de la nombradía otros que ya también se nos antojan harto modestos para un mundo de día en día más reducido. Bástenos saber que cuando el francés Blanchard y el inglés doctor Jeffries se elevaron sobre Dover en la mañana clara y fría del día ya dicho, las costas de Francia se les tuvieron que aparecer increíblemente distantes, lo bastante para enturbiar el entusiasmo del bueno del doctor ante el espectáculo que tan arrebatadamente describiría luego al presidente de la Real Sociedad Geográfica, y que no es fingido el sentimiento de Bleriot cuando, tras los diez minutos "sans rien voir", divisó "una línea gris que se destacaba en el mar", y cuya sola contemplación le llenó de alegría. Podía tratarse en este caso de las rocas de la vieja Inglaterra y en el otro del bien conocido litoral de la dulce Francia; en cualquier supuesto, para los hombres perdidos en su propia aventura, significaban unas tierras de promisión nunca como entonces vistas, y justamente más maravillosas por ser, no obstante, tan conocidas, como más maravillosa resultó la antigua tierra desus padres al héroe de Chesterton que arribó a ella, cuando creía haber desembarcado en alguna isla ignota de los mares del Sur.

Y el paralelo con cualquiera de los antiguos descubrimientos no es tan desorbitado como pudiera hacer pensar la pequeñez del Canal. No hablemos del caso de Blanchard. Corría por Inglaterra cuando su empresa la ráfaga de entusiasmo que antes prendiera en Francia. Todo parecía hacedero, y en todo se soñaba. La palabra "imposible" era borrada osadamente de las ciencias. En cierto modo, el que Marión se nos vaya, al considerar ese instante, a aquel otro glorioso en que un mundo verde e inaudito se alzó, radiante, del azul turquesa de los mares antillanos, no es para extrañar. Ni aún faltaron cuando la partida de Blanchard y Jeffries los inevitables avisos contrarios de los marinos, de los "experimentados", ni el último patético trance de la esposa y la hija del doctor inglés suplicándole que renunciara a su loco intento. Mas parece más difícil que la imaginación nos remonte al siglo XVI partiendo de estas fotografías del tiempo de Bleriot, en que un coro de altos cuellos duros, bigotes bien poblados y gorras de plato, se agrupa, ansiosa, en torno a un Wilburg Wright, profesor de vuelo, puesto que él mismo sabe volar, según dice, "like a bird", como un pájaro, y que, quizá por eso, no sabe qué

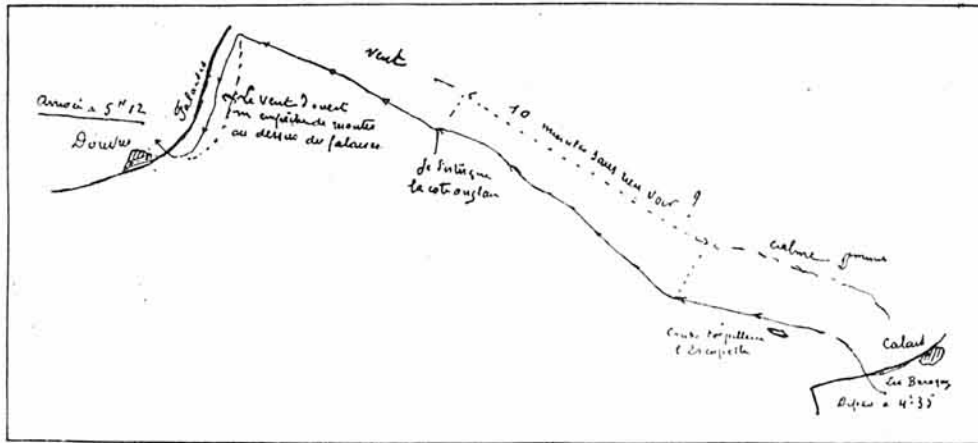


El "Bleriot-XI".
(De la Histoire de l'Aéronautique, de Dollfus y Bouché.)

hacer en tierra con sus grandes manos, y las deja, como las veis, tendidas, desocupadas,

mientras él nos contempla con su profunda, seria, reservada mirada. Y, sin embargo, en cualquiera de esos alumnos de los tiempos de Wilburg Wright en Francia—Bleriot, Tissandier, Sallenave, Girardville...—, residía la aventura. No creo que nadie se me espante si el recuerdo se me va a las carabelas cuando considero lo que era el aeroplano en que Bleriot atravesó el Canal. Un motor de 25 HP., 7,80 metros de envergadura, 8 de largo, 300 kilos de peso, construcción en madera, 14 metros cuadrados de superficie, en "techo" de 150 metros a lo sumo... Los diez minutos que Bleriot, tras adelantar al contratorpedero "Escopette", sufrió la angustia de la pérdida, sin ver nada, me hacen inevitablemente pensar en los largos días de angustia de los descubridores de las Indias, y aquellos tres barcos que al cabo divisó el aeronauta y le guiaron hasta la costa inglesa, en las primeras señales gozosas de una tierra cercana que los compañeros de Colón percibieron. Quizá las civilizadas gentes que, cuando su aterrizaje, rodearon al piloto francés, estaban tan distantes de los indígenas de Guanahaní como los cortesés caballeros del Rey

Cristianísimo que festejaron a Blanchard y a Jeffries en el bosque de Guines; pero nadie me disuadirá de pensar que para llegar a ellos hubo que surcar océanos tan inexplorados como los que, durante siglos, cerraron a la Cristiandad el camino de las Indias.



Croquis de su travesía, hecho por Bleriot. (Colección Charles Dollfus.)

(De la Histoire de l'Aéronautique, de Dollfus y Bouché.)

Mares del Sur o Mares Tenebrosos se escondían tras todos los caminos del cielo cuando Blanchard y Bleriot se acercaron a abrirlos, cabaleros de sus frágiles aparatos. El de Blanchard parece que salió con los dos pasajeros decorosamente vestidos, tres sacos de arena como lastre, su barómetro, sus provisiones, algunos libros, sus alas...; cuando su detención en el bosque de Guines, cerca de Calais, por el simple procedimiento de cogerse Jeffries a la rama de un árbol, faltaban alas, provisiones, libros, lastre, vestidos, y en un tris estuvo que no faltaran igualmente la barquilla y el propio Jeffries, como vimos. Menos catastróficamente llegó a su destino Luis Bleriot, siquiera al aterrizar cerca de Dover se le rompieran la hélice y las ruedas al aparato que con un vuelo de 38 kilómetros había abierto una nueva era en la historia de la Aviación. En la gloria se igualaron, y bueno será que el recuerdo de su hazaña pese en nuestro ánimo cuando de medir el valor de aquellos primeros "saltos" se trate.